hubieran resucitado en estos últimos cien años, y se hubieran metido en el ambiente del proletariado revolucionario, habrían creído hallarse en un manicomio suelto. Dios y ayuda les habría costado comprender que la revuelta finalmente inspirada en las obras de Rousseau, madre del Romanticismo por lo que tuvo de épica y declamatoria, había creado el mito de la Revolución en el mundo entero: mito comparable al del fin del mundo en el año 1.000, que convirtió a toda Europa en una casa de orates, y hasta el del advenimiento del milagroso Mesías. No en balde fué, en lo esencial, un mito hebraico... Mas me doy cuenta de que decir estas cosas tan de buenas a primeras puede ser un tantico escandaloso; y quizá nos convenga establecer una perspectiva histórica, de manera que al mirar desde este tiempo hacia las postrimerías del gran siglo XVIII, un episodio intermedio —la Revolución del 48— pueda servirnos de clave para entender la formación del mito recién citado.

INCONSCIENTE IMITACION DE IMITACIONES

Dos excelentes obras hay sobre tal Revolución, tenida desde un principio por "la primera revolución proletaria": los "Souvenirs", de Alexis de Tocqueville, y "El 18 de Brumario de Luis Bonaparte", de Carlos Marx. Tan brillante es la una como la otra. Marx analizó los acontecimientos mediantes entre la Monarquía de Julio y la formación del Segundo Imperio con el propósito — bien visible — de probar las tesis que poco antes había formulado en el MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA. De Tocqueville los enfocó desde su posición de aristócrata: un aristócrata liberal y humanitario, pero enemigo de la democracia y —sobre todo — de una igualdad económica establecida precisamente a costa de toda clase privilegiada. No intentó analizarlos a la luz de ninguna teoría, ni probar nada presupuesto, sino describirlos con perspicaz precisión y estudiarlos a fondo, para que de ellos saliera su propia lección política. El propósito de Marx resultó fallido — como hemos probado muchos — en su mismo libro, porque en él le fué imposible ocultar que el verdadero intérprete y seguidor de su propia táctica "revolucionaria", el que puso en práctica la receta brindada en el MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA, no fué Blanqui, ni fué Blanc, ni Ledru-Rollin, ni aun siquiera Lamartine, y mucho menos la clase trabajadora, sino precisamente el aventurero Luís Bonaparte, que, ateniéndose a ella sin saberlo bien, logró formar el primer Estado típicamente fascista del mundo moderno. De Tocqueville, por el contrario, se salió con su propósito; y su obra, a los cien años de ser escrita, es más aleccionadora que hace un siglo lo fué para su autor.

A la vista la tengo, en la versión inglesa de Teixeira de Matos; y

me parece que lo más instructivo son las descripciones entreveradas de sagaces comentarios Por ejemplo, las que voy a traducir:

"Nosotros, los franceses, especialmente en París, somos muy propensos a introducir nuestras reminiscencias literarias o teatrales en nuestras más serias manifestaciones... En este caso (hablaba de la entrada de la muchedumbre en la Asamblea Nacional durante la revolución "del 24 de febrero", porque entonces había revoluciones de año, mes y hasta día determinado, quizá por ser meras revueltas o motines), la imitación fué tan evidente, que la terrible originalidad de los hechos quedó oculta bajo ella. Era un tiempo en que la imaginación estaba teñida de los chillones colores con que Lamartine había embadurnado sus GIRONDINS. Los hombres de la primera Revolución vivían en toda mente; sus palabras y hechos estaban presentes en toda memoria. Cuanto presencié aquel día llevaba el visible sello de aquellos recuerdos; y constantemente me pareció que la gente estaba representando la Revolución Francesa, más que continuándola..."

De Tocqueville insistió en eso muchas veces, tanto al describir los sucesos de Febrero como al narrar los de Junio. Tomaré de él nuevas muestras:

"...procuraban, infructuosamente, calentarse al fuego de las pasiones de nuestros padres, imitando sus gestos y actitudes, tal como los habían visto representar en el escenario, pero eran incapaces de imitar su entusiasmo o de inflamarse de su furia. Era la tradición de los hechos violentos, imitada por fríos corazones, que no entendían su espíritu... La HISTORIA DE LA REVOLUCION, de M. Thiers, y los GIRONDINOS, de M. De Lamartine, así como otras obras, especialmente teatrales, mucho menos conocidas, habían rehabilitado el período del Terror, y en cierto grado lo habían puesto de moda. Las tibias pasiones de la época hubieron de hablar en los rimbombantes períodos del 93, y uno oía citar a cada instante el nombre y el ejemplo de los ilustres escuerzos a quienes nadie tenía el valor ni aun el sincero deseo de imitar... Un decreto del Gobierno Provisional estipuló que los diputados vistieran el traje de los Convencionales, y especialmente el chaleco blanco, de cuello vuelto, con que siempre aparecía en escena la figura de Robespierre. Creí al principio que esta gran idea se le había ocurrido a Luis Blanc o a Ledru-Rollin; pero luego supe que había sido debida a la florida y literaria imaginación de Armando Marrast."

Baste con eso. Marrast, el "revolucionario de guantes amarillos" puesto en solfa por Marx, proponía y ordenaba vestir á la Robespierre; Lamartine, que de tan vivos colores había pintado el cuadro de los girondinos, no sabía qué hacerse con la revolución que las circunstancias — y los banquetes redondeados con discursos demagógicos — habían puesto en su mano, y hasta para traicionarla, como quiso hacer desde el principio al fin, le faltaron siempre arres-